

que se trataba de un innoble ultraje, resolvió morir más bien mil veces. Reflexionando, no obstante, que no había otro medio de conseguir el objeto de tantos viajes y fatigas, consintió en lo que se exigía de él; pero habiendo recurrido á un piadoso é inocente artificio, *deramó un agua odorífera en lugar de orina* sobre el sagrado sepulcro. Cuando se prosternó en él, la piedra se ablandó como cera, y el conde cogió un pedazo con sus dientes, sin que lo notasen los infieles. A su regreso á Italia libertó á la Romaña de un famoso jefe de bandidos, lo cual hizo que se le proclamara salvador de aquel territorio. El papa le concedió la absolución y le regaló las reliquias de dos santos mártires. Fulques las llevó consigo á su patria, donde construyó una iglesia del Santo Sepulcro semejante á la que había visto en Jerusalem. Sin embargo, ni penitencia, ni absolución, habían aplacado su conciencia atormentada; para libertarse de los remordimientos que le destruían, volvió á partir con dirección á Tierra Santa y murió en el camino.

Ricardo, abad de Saint Veit, en Verdun, partió con setecientos peregrinos, entre los cuales se contaban Ricardo, conde de Normandía, y Hervino, abad de Tréveris. Al rumor de su piedad, el emperador y el patriarca de Constantinopla quisieron verle, y le regalaron dos pedazos de la verdadera cruz, con los cuales visitó los Santos Lugares. Bañándose en el Jordán dejó caer estas santas reliquias sin percibirse de ello, y en seguida las vió flotar sobre el agua y dirigirse hácia él en sentido inverso de la corriente.

Hemos multiplicado estas relaciones á fin de que se vea cuán numerosas eran estas peregrinaciones, de cuantos prodigios estaban rodeadas, y para probar que no eran sólo las que las emprendían gentes vulgares. Otros se encaminaban á Palestina por moda, por ociosidad, por mera curiosidad, ó para sustraerse al rigor de las leyes de su país, á un castigo merecido, sin pensar remotamente en enmendarse. Guillermo VII de Poitou, primer trovador de que se hace mención, roba á la condesa de Châtelleraut, y responde al obispo de Angulema que le exhorta á cambiar de conducta: *Me corregiré cuando tú te peines*. El prelado era enteramente calvo. Despues se decide á hacer el

viaje de Jerusalem, y parte con una numerosa tropa de hermosas amigas y muchos miles de hombres, de los cuales sólo seis llegan á Antioquía. Nos enseña la crónica que *fué buen trovador, buen caballero de armas, y corrió por largo tiempo el mundo para abusar de las damas*.

El número de peregrinos aumentaba ó disminuía según el grado de seguridad que ofrecían las comarcas que había que atravesar. Durante la lucha de los Omniadas y de los Alidas para la posesión del trono, respiró la Palestina. Cuando Carlo-Magno hubo reunido bajo sus leyes un inmenso imperio, los peregrinos pudieron cruzar la Europa sin peligro. Considerándose este rey como jefe de todos los cristianos, protegió hasta á los que estaban bajo el yugo de los árabes, y todos los años enviaba limosnas para las necesidades de la Iglesia de Alejandría, de Cartago y especialmente de Jerusalem. A este fin mantuvo una correspondencia con el califa Aroun-al-Raschid, quien, según se dice, le hizo el regalo de las llaves del Santo Sepulcro y concedió libre paso á los cristianos, en cuyo interés fundó Carlos un hospicio. Sobre este tipo imaginaron los romanceros las pretendidas conquistas del emperador en Tierra Santa.

Las piraterías de los normandos interrumpieron por algún tiempo las peregrinaciones; pero despues de su conversión no se mostraron menos celosos que los demás pueblos cristianos occidentales para emprender el piadoso viaje, durante el cual hallaban ocasión de ganar un reino. Hasta enviaban dinero para el sostenimiento de los hospicios y de los monasterios de Palestina. Su duque, Roberto II, sobrenombrado el Magnífico ó el Diablo, que quería que los bretones llegaran á tributarle homenaje con los pies desnudos, que no temía á ningún hombre vivo, sino al infierno, y pasa rápidamente del crimen á la penitencia, partió para la Siria descalzo y vestido con el sayo. Habiendo caído enfermo no quiso ser servido por cristianos, sino por sarracenos. Como éstos le llevaran en una litera, encontró á un cristiano que le pidió sus órdenes para Europa. *Buen viaje*, le respondió: *y di á mi pueblo que me has visto llevado al paraíso por los demonios*. En Jerusalem halló una multitud de cristianos que aguarda-

ban á la puerta por falta de dinero para pagar el tributo; pagó por todos. Fué padre de Guillermo el Conquistador. Murió en Nicea de Bitinia.

Cuando fué convertida la Hungría se abrió un nuevo paso á los peregrinos, y San Esteban acudía en su ayuda. A la aproximación del año 1000, en el momento en que se creía inminente el fin del mundo, á porfía se daban los bienes percederos para ir á morir en los lugares donde había muerto Cristo, en las inmediaciones del valle donde el cordero debía convertirse en león para juzgar al mundo reunido.

A contar desde esta época se aumentó el número de peregrinos (1051). Liberto, obispo de Cambray, se puso en camino con más de tres mil picardos y flamencos, que, llegados á Bulgaria, fueren acometidos por aquellos naturales: muchos murieron á sus manos, otros de hambre, y ninguno de ellos llegó al término de su jornada. Otros ocho mil partieron con el arzobispo de Maguncia y los obispos de Espira, de Bamberg, de Colonia, de Utrech (1064): acogidos por Constantino Ducas, fueron atacados por los beduinos y asediados dentro de un viejo castillo, luego libertados por el emir de Ramla; pero apenas eran dos mil cuando volvieron á aparecer en Italia para tornar á sus hogares.

Hácia esta época la Palestina había tenido que sufrir cruelmente. Al-Haken-Bemvila, califa de Egipto, que había entregado á las llamas sólo por simple entretenimiento media ciudad del Cairo, haciendo saquear lo restante, y que pretendía se le tuviera por una emanación de Dios, persiguió á los cristianos de Siria (1008) y mandó matar á una porción de peregrinos. Un rumor divulgado entre los musulmanes, que amenazaba la ruina del imperio, sirvió de pretexto á una nueva persecución, con cuyo motivo el papa Silvestre II hizo oír el primer llamamiento á los cristianos para emprender una cruzada. Con efecto, los genoveses y los pisanos empuñaron las armas, así como Bosen, rey de Arlés, é hicieron incursiones en las costas de Siria; pero Al-Haken-Bemvila había muerto, se restableció la paz, y los occidentales pudieron continuar sus operaciones mercantiles, como igualmente sus peregrinaciones, mediante un corto derecho que debía pagarse al califa de Egipto. Obtuvieron de él los amalfita-

nos (1020) autorización para levantar cerca de la iglesia del Santo Sepulcro un hospital destinado á los viajeros de su nación: dotaron este establecimiento con rentas que enviaban todos los años de Europa; esta fué la cuna de la orden que en lo sucesivo se hizo soberana de Rodas y de Malta.

La seguridad de los cristianos en Palestina y la de la parte de Europa más próxima al Asia dependían, pues, del capricho de algunos jefes, ó del impulso dado, ora por las facciones siempre en lucha, ora por sectas ó dinastías sin cesar renacientes en el imperio del Profeta. Los árabes habían amenazado á Europa por Levante y Mediodía; el Mediterráneo no había bastado á contener á estos fanáticos guerreros y habían invadido la España y la Italia. El valor de los cristianos, las exhortaciones de los papas y la asistencia de los emperadores, habían logrado expulsarles de este último país. Continuaba la lucha en España, aunque civilizándose los árabes se habían despojado de su aspereza y de su fogosidad primitivas. Iba ensanchando las espadas de los cántabros los límites de los reinos fundados al Norte de la Península; y no sólo impedían estos Estados á los sarracenos extender sus conquistas, sino que debían acabar por arrancarles sus antiguas posesiones. Sin embargo, la reciente invasión de los Almoravides, secta rígida y furiosa, y la célebre batalla de Zalaca renovaron el peligro, y se necesitó para conjurarlo no ménos que la prudencia de Alfonso, secundada por la Tizona del Cid.

Siempre era apremiante la amenaza por el lado de Oriente. Ahora bien, como de ningún modo es cierto que las guerras fueran entonces resultado de un ímpetu ciego y de una afección irreflexiva de conquistas, ya se había tratado más de una vez de armar á toda Europa para oponerla en masa á los musulmanes. En tiempo de sus primeras expediciones no se había comprendido que una horda de beduinos pudiera exponerla á tan gran riesgo, y por otra parte todavía no se hallaba aglomerada la cristiandad en la unidad del imperio; además, siempre existía el obstáculo de los griegos que, separados Europa, tanto por el orgullo como por la herejía, estorbaban intentar un común esfuerzo. Algunos espíritus más elevados com-

prendieron la necesidad de esta empresa, como Silvestre II, de quien acabamos de hacer mención, y el papa Gregorio VII. En tiempo de este último pontífice se había agravado el peligro por la invasión de los Seljucidas, cuya energía septentrional vino á refrigerar el entiviado celo de los árabes del Mediodía. Sus fuerzas se habían aumentado considerablemente en el intervalo de dos generaciones. Luego apareció Malek-Schah, que acrecentó aún más su grandeza. Este príncipe otorgó por recompensa á los oficiales que le habían seguido todo lo que pudieran conquistar ó someter, tanto en Egipto como en Grecia, y en breve su codicia había reducido el país al último extremo. Avarientos y feroces no perdonaron ningún género de opresión á los cristianos que moraban en Palestina, ó se dirigían allí por devoción. Toda Europa resonaba con gemidos sobre la suerte de los sacerdotes y del patriarca, arrancados al altar para ser encarcelados; sobre la de las mujeres víctimas de una brutal violencia, de los niños, circuncidados á millares y educados en las creencias de Mahoma; también sobre la de los que estaban designados para custodiar en calidad de eunucos los serrallos de amos voluptuosos y celosos.

Entonces Miguel Ducas, emperador de Constantinopla, reclamó la asistencia de los occidentales contra los enemigos del cristianismo, prometiendo hacer cesar la funesta separación de las Iglesias latina y griega. Gregorio VII unió su voz á la suya y exhortó á los cristianos á reunirse bajo el estandarte del Altísimo: hasta parece que se proponía ponerse en persona á la cabeza de los cruzados. Cincuenta mil guerreros se comprometieron á seguirle; pero le detuvieron otros intereses y no se llevó á efecto a empresa.

Este pensamiento fué proseguido por Víctor III, que excitó á los cristianos á tomar las armas; los genoveses, los pisanos y otros italianos, que se levantaron para combatir á los sarracenos de Africa, recibieron del papa la bandera de San Pedro con la remisión de sus pecados (1088). Habiendo desembarcado en la playa líbica, derrotaron, según se cuenta, á cien mil enemigos, prendieron fuego á una ciudad, obligaron á un rey moro á pagarles tributo, y volvieron á hermohear las iglesias de su patria

con el botín cogido á los paganos. De consiguiente los italianos fueron los primeros en emprender estas expediciones que durante dos siglos agitaron á la Europa y al Asia; pero estaba reservado á un hombre oscuro hacer saltar la chispa que debía incendiar los combustibles ya preparados.

Un picardo llamado Pedro, cuya familia se ignora, de un exterior grosero, de modales comunes, á quien no conocían los suyos sino por el sobrenombre de Ermitaño, había exaltado su alma enérgica en la soledad con la oración y el ayuno. Había llegado á creerse en comunicación directa con el cielo, y se sentía llamado á otra cosa más alta que á pasar la existencia dentro de su ermita. Abandonó á Amiens, lugar de su nacimiento, para dirigirse á Jerusalem (1087); y el aspecto de los Santos Lugares le conmovió, á medida que su piedad y su imaginación eran más ardientes. Prostrado delante del Santo Sepulcro, creyó oír la voz del mismo Jesucristo que le decía: *Pedro, levántate; vé á anunciar á mi pueblo el fin de la opresión. Vengan mis siervos y sea libertada la Tierra Santa.*

Ya entonces nada le parecía imposible; recibe del viejo patriarca Simeon cartas para el papa, y promete excitar á los adalides de Occidente á correr á la conquista de la Tierra Santa.

Recorre el ermitaño la Italia, recorre la Francia, da la vuelta á Europa, con la cabeza desnuda, los pies descalzos, cubierto con una vestidura de tosca lana y montado en una mula; era delgado y endeble; pero su mirada viva y penetrante, y su fácil locución revelan el espíritu de que se halla animado. Pasmado el pueblo de su austeridad, conmovido por la viva pintura que hacía de los males de que había sido testigo, y que él mismo había padecido en Palestina, arrastrado por su ardorosa palabra, le proclama santo, profeta, y le sigue en tropel. Los discursos que ha hecho oír son repetidos por los monjes, por los peregrinos que han visitado á Jerusalem y vienen de allí cotidianamente, trayendo señales de los suplicios sufridos, de las cadenas con que habían sido ahorrados. Todo contribuía á hacer más grande al hombre del Señor, y se tenían por venturosos los que podían tocar la orla de su vestidura.

Infinitas veces su tosco manto había sido cortado en tiras que los devotos se ponían en el pecho en figura de cruz; hasta las crines de su cabalgadura se consideraban como reliquias.

Si la Europa hubiera estado dividida como actualmente en un pequeño número de Estados obedeciendo á príncipes y á un gobierno regular, Pedro hubiera podido dirigirse á ellos, y quizá no les hubiera decidido á una empresa en la que no veían necesidad ni ventajas; pero el entusiasmo debía sobrepujar á los cálculos de la política en la Europa fraccionada como lo estaba entre tantos señores como dominios había. Este levantamiento en casa de un pueblo de propietarios, abandonando sus bienes para ir en pos de aventuras, sin una necesidad absoluta, no era cosa tan extraña como lo sería actualmente. En un tiempo en que esto era casi una continuación de las costumbres ordinarias. El camino de Jerusalem era conocido por los que le habían recorrido de peregrinos. La idea de la guerra santa era común, tanto por las exhortaciones pontificales de que hemos hablado anteriormente, como por los hechos de armas consumados en España, de donde llegaba cada día con el nombre del Cid la noticia de un nuevo triunfo, al mismo tiempo que alcanzaban otros por mar los genoveses y los pisanos. En el curso de este siglo había experimentado la Francia veintisiete años de hambre, y la necesidad era un nuevo estímulo para moverse. Muchas gentes habían incurrido por sus pecados en graves penitencias, y éste era para ellos un medio de cumplirlas que sonreía más á su mente. Aislados los feudatarios en sus castillos no tenían en que ocuparse de administración, ni de hacer justicia, y así se aprovechaban con júbilo de aquella ocasión de librarse de una existencia vacía y lanzarse á empresas peligrosas. En las familias señoriales, privados de la herencia paterna, los hijos segundos se hallaban por su educación amoldados al oficio de las armas: si les faltaban ocasiones de sobresalir dentro de casa, ponían su valor al servicio ajeno; algunas veces por un sueldo, más frecuentemente por amor á la gloria, y por esa necesidad de obrar que se hacía sentir enérgicamente en aquellos siglos inquietos. Ahora bien, aquella juventud guerrera se ve llamada de improviso á ejercitar su denuedo en interés

de la religión y en países remotos, cuyo recuerdo exalta por sí solo la imaginación. Otros miembros de la nobleza se habían alistado en el clero y habían ascendido á las primeras dignidades de la Iglesia, en los obispados y en las abadías, sin abdicar por eso de su genio belicoso; estos mismos no hallaban cosa más de su gusto que mostrarse valientes hombres de armas al mismo tiempo que prelados.

Pero ni la nobleza ni el pueblo hubieran podido verse impulsados á una empresa común, sin la organización compacta del catolicismo, que daba á todos una misma patria; la Iglesia hacía que todos obedecieran á una sola voz, la del papa. En su nombre y en el de la Iglesia imponen nuevos misioneros penitencia á un siglo que tanta necesidad tenía de ella; porque según dice Guillermo de Tiro, «No había en Occidente religión, ni justicia ni equidad, ni buena fé. Eran saqueados los monasterios y las iglesias; no había seguridad en ningún punto, quedaban impunes los más horribles desmanes. En lo interior de las familias estaban corrompidas las costumbres, hollados los vínculos del matrimonio, donde quiera se ostentaban el lujo la embriaguez, el juego. El clero era desarreglado; se dedicaban los obispos al desorden y la simonía.»

Así como un siglo antes se había creído en el fin del mundo, se cree ahora en una redención general: todo el que tiene que expiar delitos, que reparar injusticias, se dispone á la peregrinación sagrada. Cuando Pedro el Ermitaño esclama: *Guerreros del demonio, hacedos soldados de Cristo*; los bandoleros se echan fuera de las cavernas y de la espesura de los bosques desde donde infestaban los caminos y sembraban el espanto en las aldeas, prometiendo consagrar sus brazos homicidas á la santa empresa: los poderosos, cuya caridad se despierta, prodigan limosnas á los pobres y á los enfermos; las discordias de ciudad á ciudad, de familia á familia, terminan con un fraternal abrazo. Los desordenados eran impelidos al bien por el ejemplo de las rígidas costumbres del Ermitaño. Multiplicábanse los milagros á cada paso, y el fuego sagrado de que muchas personas se hallaban entonces tocadas, era considerado como castigo de la indiferencia perezosa. En suma, animados todos de pasio-

nes vivaces, que siempre duplican en energía en medio de una muchedumbre reunida en un mismo pensamiento, se predicaban, se estimulaban unos á otros.

En esto llegan cartas de Alexis Comneno, emperador de Constantinopla, anunciando que el peligro es apremiante, y que la nueva Roma está próxima á caer en manos de los turcos con las preciosas reliquias que contiene. Apellando, pues, al valor de los francos les conjuraba á acudir, á correr á salvarla, aunque debieran ocuparla ellos, cuidándose poco de perder el imperio con tal de que no cayera en manos de los infieles.

Representante de la cristiandad é intérprete de sus votos, el pontífice convocó un concilio en Plasencia (1095): la asamblea fué tan numerosa que hubo necesidad de celebrarla á campo raso. Doscientos obispos, cuatro mil eclesiásticos, mas de treinta mil legos oyeron las exhortaciones del pontífice, quien designó á Clermont, en Auvernia, para una nueva asamblea. Cuando se dirigieron allí en la época determinada, se ocuparon ante todo en lo que era objeto constante de los concilios, es decir, en la reforma del clero; luego se tomaron medidas contra las guerras privadas que inundaban de sangre las campiñas. Fué proclamada con gran solemnidad la tregua de Dios; y todo el que no aceptara la paz y la justicia ó atentara á la vida de un hombre refugiado dentro de una iglesia ó bajo la protección de las cruces plantadas en las márgenes de los caminos, fué amenazado con excomuniones. Pedro, vestido con su tosco traje, levantándose junto al sumo pontífice rodeado de la majestad de la Santa Sede, arengó á la asamblea mezclando sollozos á sus palabras. Despues de él apoyó el papa Urbano su alocucion con argumentos de la política y de la religion en un discurso en lengua vulgar, más caloroso y apasionado que elocuente: «Id, hermanos, dice, id con confianza á atacar á los enemigos de Dios, que para ignominia de los cristianos se hallan hace mucho tiempo en posesion de la Siria y de la Armenia: además se han apoderado de toda el Asia Menor, cuyas provincias son la Bitinia, la Frigia, la Galicia, la Lidia, la Capadocia, la Pamfilia, la Isauria, la Licaonia, la Cilicia; y ahora ejercen su insolencia en la Iliria y en todos

los países situados del otro lado, hasta el estrecho llamado de San Jorge. Han procedido peor todavía; han usurpado el sepulcro de Jesucristo, ese monumento maravilloso de nuestra fé, y venden á nuestros peregrinos la entrada de una ciudad que hoy no estaria abierta mas que para los cristianos si hubieran conservado algun vestigio de su antiguo denuedo. ¿No es esto bastante para oscurecer la serenidad de nuestra frente? ¿Y quién si no aquellos que tienen envidia de la gloria cristiana, podrian soportar la vergüenza de no dividir á lo ménos el mundo por mitad con los infieles? ¡Oh cristianos! poned fin á vuestras disensiones y reine la concordia entre vosotros en los países lejanos. Id, y emplead en la más noble empresa ese valor y esas estratagemas que prodigais tan inútilmente en vuestras disputas particulares. Id, soldados, y se extenderá por todas partes vuestra fama.

»Señálese primero el valor bien conocido de los franceses y espante al mundo su nombre secundándoles las naciones aliadas. ¿A qué exponeros hasta qué punto carecen de valor los gentiles? Tened más bien presente en la memoria que *el sendero de la vida es estrecho*; sí, la vía en que vais á engolfaros es estrecha, está sembrada de infinitos peligros y colmada por la muerte; pero debe guiaros á un mundo que habeis perdido. No temais que os sea imposible entrar en el reino de los cielos á fuerza de tribulaciones. Si caeis prisioneros, imaginaos tormentos más terribles que se pueden imponer al hombre, y esperad los padecimientos más espantosos para perseverar firmes en vuestra fé: así rescatareis, si la necesidad lo requiere, vuestra alma á costa de vuestro cuerpo. ¿Tendreis miedo á la muerte, vosotros cuyo valor é intrepidez son ejemplares? Incapaz sería de inventar la iniquidad humana cosa alguna que pueda ponerse en parangon con la gloria celeste que os será concedida. ¡No sabeis que *es una desgracia para el hombre existir y que la felicidad está en la muerte!* Las predicaciones de los sacerdotes nos han hecho libar esta doctrina con la leche materna; esta doctrina la sostuvieron nuestros padres con su ejemplo.

»La muerte liberta el alma de su incómoda cárcel, á fin de que vuelva hácia la morada reservada á sus virtudes; la muerte acelera la

partida de los buenos hácia la feliz mansion que los aguarda; la muerte ataja la perversidad de los malos... De consiguiente por la muerte, libre al fin el alma, goza de las dulzuras de la esperanza, ó recibe el castigo de sus culpas. Mientras está encadenada al cuerpo, se halla sujeta al contagio terrestre, ó para hablar con mas exactitud, está muerta; porque no puede existir alianza conveniente entre las cosas terrenales y las cosas celestes; entre la cosas divinas y las cosas mortales. Pero desprendida de los vínculos que la atan á la tierra, recobra su esplendor, adquiere su vigor primitivo, poniéndose, hasta cierto punto, en comunicacion con la invisibilidad de la naturaleza divina.

»Desempeñándose, pues, de una doble deuda, infunde vida al cuerpo cuando le está unida, y le vuelve, cuando de él se separa, á su primer destino. Habeis debido observar con cuanto deleite vela el alma en un cuerpo dormido, y cómo en el silencio de los sentidos, columbra mil acontecimientos futuros, merced á sus relaciones naturales con la divinidad. ¿A qué temer la muerte, cuando amais el descanso del sueño que es imágen de ella? Ciertamente, fuera demencia privaros de la eterna felicidad por saborear los goces de una vida pasajera.

»Así, pues, amadísimos hermanos, si la ocasion se presenta, no vacileis en sacrificar por nuestros hermanos vuestra vida. El santuario de Dios repele al expoliador y al perverso; acoge al hombre piadoso. No os detenga el amor á vuestros prójimos, puesto que el hombre debe principalmente su amor á Dios. Tampoco os detenga vuestra adhesion al suelo nativo; porque siendo el mundo entero, bajo aspectos diferentes, un lugar de destierro para el cristiano, su país es de todo el mundo; la tierra de destierro es su país, y su país es la tierra de destierro. Ninguno de vosotros se quede á causa de un rico patrimonio, porque le está prometido uno más rico todavía; no de cosas que suavizan nuestra miseria con una vana expectativa, ó adulan nuestra indolencia con los deleznales bienes de la riqueza, sino con aquellos bienes que ejemplos perpétuos y cotidianos deben mostrarnos como los únicos verdaderos. Los bienes de la tierra son agradables pero vanos;

los que los menosprecian adquieren el céntuplo de recompensa.

»Proclamo y mando estas cosas, y para su ejecucion señalo la próxima primavera. Dios derramará su gracia sobre todos los que se obliguen á la empresa; les concederá un año propicio, una cosecha abundante, la serenidad de la estacion. Los que mueran entrarán en las celestes moradas, y los que sobrevivan llegarán al sepulcro del Señor. ¿Y qué mayor felicidad para el hombre que ver durante su vida los lugares donde el Señor habló el lenguaje de los hombres? ¡Oh, benditos aquellos que llamados á estas nobles fatigas alcanzarán la magnífica recompensa.....!»

Al oír esta elocuencia indigesta, aunque vehemente, toda la asamblea exclamó unánimemente en los distintos idiomas de su uso: *Dixit ei volt, Dixit ei volt Dio lo vuole.* (Dios lo quiere).

Entonces un cardenal pronunció la fórmula de la confesion general, y todos postrados de hinojos la repitieron dándose golpes de pecho, y luego recibieron la absolucion. Adhemar de Monteil, obispo de Puy, recibió del papa la cruz en calidad de legado; despues de él otros obispos, luego los barones, animados de un piadoso punto de honra, juraron olvidar sus propias injurias para vengar de concierto á Cristo. Los que adquirieron el compromiso de ir á pelear allende el mar, fueron recibidos, así como sus bienes, bajo la protección de la Iglesia, de tal manera que incurrian en ex-comunion los que les causaban algun perjuicio. Así se lanzaron veinte pueblos diferentes á la primera de aquellas expediciones, que fueron denominadas *cruzadas*, porque los guerreros que se habian alistado en ellas, tomaron por signo distintivo *el entusiasmo de la cruz*.

## CAPITULO II

### Primera cruzada.

Quando los obispos y caballeros se separaron, el papa Urbano y Pedro el Ermitaño continuaron excitando á los pueblos á la libertad del Santo Sepulcro. No se hablaba de otra cosa que de la Tierra Santa; disponíanse todos á combatir y morir por esta sagrada causa. Lo mala cosecha de aquel año parece un nueva